

LOS SUCECOS

Subscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.



Don L. Ricardo Cortés y Velasco, iniciador del Congreso Estenográfico celebrado últimamente en Madrid.

LA VIDA EN BROMA

IMPRESIONES DE LA SEMANA

Por culpa de los ferroviarios, hemos tenido por espacio de quince días el alma en un hilo, y además, carísimas las patatas, las hortalizas y los huevos, que es en lo que vienen a parar todas las cuestiones en España.

Antes, como decía el personaje del cuento, todo venía a resolverse en que el Gobierno nos subía las contribuciones. Ahora, todo viene a parar en que se suben los artículos de primera necesidad, suponiendo que esas cosas que he nombrado son de primera necesidad, porque yo sé que muchísima gente en Madrid vive contenta y satisfecha con un real de boquerones para cenar, un café para sentar la comida y una corrida con "Gallito", en cualquier día de la semana.

Lo demás, hasta el pavo trufado, son golosinas que no ilusionan a los madrileños, porque le ensucian el estómago. De ahí la opinión muy general y fundada, de que el "Palace Hotel", que se acaba de inaugurar, es una lamentable equivocación, y que vivirá mal mientras no cultive las judías estofadas, el cocido a cincuenta céntimos y las ensaladas de pepino.

Yo tal creo también, máxime, teniendo en frente el "Palace-Pastel" o Congreso de los Diputados y Hotel de los pistos políticos, que es donde mejor se come, porque se come del presupuesto, y que ha de quitarle

mucha vida, como se la quita a todo el país.

Ese es el mejor ejemplo de lo que decimos, pues ya habrán ustedes visto que, dando como da de comer a sus huéspedes y estando reputado como el primer Hotel de España y sus posesiones de Africa, tiene que pasarse la mayor parte del año cerrado.

A Madrid, digan lo que quieran los fondistas, no le ha dado la tontería por comer, y en buena hora lo digamos, porque de lo contrario, era cosa de tener que robar para poderse llevar un pedazo de carne a la boca.

Claro, que si a un madrileño le da usted una chuleta empanada, la come con fruición, porque decir lo contrario sería ofender a la chuleta, pero en general, el vecino de la corte es sobrio, parco y frugal, como ninguno otro de España, y goza más comprando un décimo de la Lotería, que gastándose tres pesetas en un restaurant.

Así es como se explica, que no ponga el grito en el cielo, cuando le suben los comestibles, y que, en cambio, se enfurezca cuando le hablan de la subida de los conservadores, tal vez por la fama que éstos tienen de carniceros.

¡Oh, sí!... Madrid es un pueblo encantador, sencillo y patriarcal, capaz de ser gobernado por Gedeón, que haría un presidente del Consejo de ministros, como no hay otro, salvando naturalmente, a Moret, que se le aproxima mucho.

F. ROIG BATALLER

EL GRITO DEL PATRIOTISMO

Los espontáneos de siempre

Ante el último problema de la huelga, los ministros que gozan de simpatías y tienen buenos amigos, han recibido millares de telegramas sentidos, en los que muchas personas ofrecían sus servicios para ocupar las "vacantes" mientras durara el conflicto.

—“Disponga usted de este pobre cesante, señor ministro, para todo, incluso para guardafreno de un tren mixto.”

—“Me honraré, escribía el otro, con ser útil al partido, sirviendo de guardaaguja en Naval Moral ó Pinto.”

—“Como factor, fogonero, ó un cargo por el estilo, me tiene usted a sus órdenes desde el próximo domingo, terminada la corrida que darán los dos "Gallitos.”

—“No soy técnico mecánico ni tengo ningún oficio, ni entiendo de mercancías ni sé escribir de corrido, pero como yo supongo



La esposa del inventor Marconi, que en el hospital de Spezia, actúa de enfermera cuidando a su marido.

que en el presente conflicto, necesitará usted hombres y le sobrarán destinos, (cosa que sucede pocas veces aquí a los políticos, que tienen que crear cargos para parientes y amigos); me ofrezco a vucencia para el puesto de más peligro, que para mí es el despacho de billetes, donde a Cristo le meten un duro falso, dicho sea con permiso.”

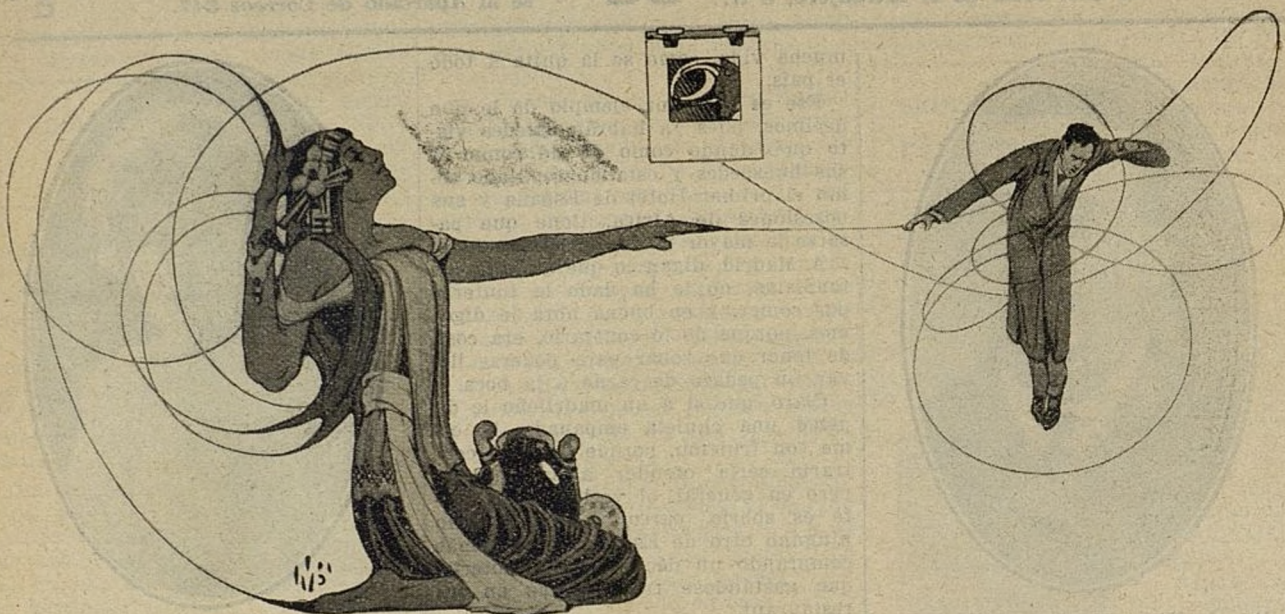
Todo el mundo se ofrecía todo el mundo, hasta yo mismo, que creí, como ahora creo, un deber de patriotismo, sacar del atolladero al partido presidido, por D. José Canalejas, en semejante conflicto.

Y no siendo maquinista ni sirviendo, cual no sirvo, para jefe de estación, revisor, ni otros destinos que hay en los ferrocarriles, no muy bien retribuidos, ni para un paso a nivel, ni para tocar el pito; me ofrecí a las Compañías, en prueba de patriotismo, para simple Consejero, si alguno de los ministros que lo son, dejara el cargo, en estos momentos críticos.

Sentiría que el Gobierno no aceptase mis servicios, y que, en cambio, colocara, al hijo de algún ministro.

PIO GRACO

GUERRA A LA NICOTINA



Me convencí de que el tabaco era un veneno, y me dije: "Guerra á la nicotina."

GUERRA AL TABACO

No hace mucho tiempo, tuve necesidad de ir á ver á un rico comerciante de Barcelona.

Al entrar en su despacho me llamó la atención el retrato hecho al crayón de un hombre narigudo y angustioso. Me llamaba la atención por lo mal hecho y no le quitaba los ojos de encima, pensando en las pecadoras manos que habían hecho tan ignominioso mamarracho, cuando entró Antolínez, el comerciante en cuestión, y me dijo señalando al retrato.

—Ese que usted vé, fué compañero mío durante toda la vida.

Juntos fuimos á la escuela, juntos despachamos garbanzos y sal en la

misma tienda de ultramarinos, juntos nos establecimos. Era, más que un amigo, un hermano; pero hace seis, que está en el Cementerio. ¡Claro, fumaba!

—¿...?

—Sí, señor, el tabaco le mató; el médico dijo, que lo que le había matado era el tífus; pero no lo crea usted, fué el abuso del tabaco.

—El tabaco no hace daño, Antolínez—le dije yo por oírle.

—¡Daño! ¡Muchísimo! El que mucho fuma poco vive.

—No lo crea usted; mi padre fuma desde muy joven, está sano y fuerte y tiene ochenta años cumplidos.

—Pues, desengañese usted—replicó Antolínez—, si no hubiese fumado tendríá ahora lo menos ochenta y cinco.

Me convenció, y le dejé hablar sin interrumpirle.

ANTOLÍNEZ DEJA DE FUMAR

Pues verá usted, la muerte de mi amigo me impresionó de tal manera, que desde aquel momento decidí dejar de fumar. Pero he sufrido mucho, he luchado mucho; me he tenido que violentar horriblemente, sufrir burlas y cuchufletas de los amigos, ¡ja mar! El caso es, que el día del entierro, cogí fósforos, tabaco y papel, y los arrojé por la ventanilla del coche.

Fué mi primera victoria, y sufrí más, que cuando mi madre me encontraba fumando de chico y me azotaba con la zapatilla.

Pero aquel mal rato tuvo su premio. Por la noche, en el camino, tuve la satisfacción de exclamar ante un corro de amigos, al ofrecerme uno de ellos un cigarrillo:

—No, gracias, no fumo.

—Ya fumará—decía el uno.

—El que ha fumado, fumará—, exclamaba otro.

—Eso es fuerza de voluntad—dijo un tercero, y yo tan satisfecho.

—Además—decía yo—, lo mucho que cuesta; yo fumaba cuatro ó cinco habanos al día, y algún cigarrillo, con que calculen ustedes. Ahí tienen ustedes á Pérez que no fuma; pues si hubiese fumado, á la edad que tiene se hubiera gastado ya unos cuantos miles de duros; pues eso se ha economizado.

—Lo que siento es no haber fumado—me contestó el imbécil de Pérez, pues me he privado del gusto ese y no tengo esos miles de duros.

Le digo á usted, que sufrí mucho; todos los días con bromas, indirectas y chistes á mi costa.

Muchas veces estuve tentado por el diablo, pero me acordaba de mi amigo y decía "Requiescat in pace", eso me daba fuerzas, pero yo no vivía en paz.

LAS TENTACIONES DE ANTOLÍNEZ

Un buen día llegué á mi despacho; mi secretario no había llegado aún.

Me senté á escribir y á mi derecha había un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos.

—¡Qué ocasión!—me dije—, tengo unas ganas locas de fumar; estoy solo, nadie me vé, fumemos.

De repente me acordé de mi ami-



Este que usted ve fué compañero mío durante toda la vida.



Cuando mi madre me azotaba con la zapatilla por fumar.

Ayuntamiento de Madrid

go y cigarrillos y cerillas, salieron volando por la ventana.

Mucho me violenté; pero vencía.



Ahora estoy gordo.

Cuando vino mi secretario y vió que le faltaban los cigarrillos, puso el grito en el cielo y de vuelta y me decía al que se los había robado; yo me callé y aguanté el chubasco. Me costaba cara mi lucha contra el tabaco. En otra ocasión, formé parte de una Comisión que iba á Cuba y no quiero decir á usted, lo que sufrí. ¡Me daba una envidia ver fumar tan ricos vegueros á mis compañeros! Y á todo esto, yo seguía tan flaco, no me sentía bien, tan es así, que una vez quise asegurar mi vida y el informe del médico que me examinó era tan malo, que me pidieron una prima enorme y tuve que renunciar; y á todo esto, el callo que me había salido en el labio, de apretar la boquilla, no se me quitaba.

Luego, los amigos parece que se complacían en echarme el humo de sus cigarrillos á las narices; yo huía de ellos, frecuentaba los sitios donde estaba prohibido fumar, y me pasaba largas horas en las iglesias oliendo al incienso para que se me olvidara el aroma del tabaco. Un suplicio, un verdadero suplicio, amigo mío; en el que me sostenía el recuerdo de mi amigo del alma.

Pero verá usted lo curioso. Generalmente, las mujeres se alegran cuando oyen decir á sus maridos ó á sus hijos, que han dejado de fumar; pues bien, conmigo no fué así.

A los pocos días de mi decisión de dejar de fumar, mi mujer que no se había dado cuenta de ello, me dijo un día, después de comer.

—¿Qué te pasa? ¿No fumas?

—No—contesté yo con orgullo— He dejado el tabaco.

LO QUE PASO MI MUJER

¿Cree usted que mi amigo batió palmas, que se puso contento, que aprobó mi decisión? ¡Quíá, no señor!

—Me dijo que era un tonto; que no había razón de ser para que dejase de fumar; que era querérmelas echar de hombre de fuerza de voluntad, de hombre sin vicios; que no podía soportar la privación, que reincidiría; que me iba á volver de un carácter insoportable, etc., etc.

Y era verdad; suelen decir que hay que emborracharse y conservar fresca la cabeza para gozar de la borrachera, pues bien, mi pobre mujer sin emborracharme, se volvía loca conmigo.

—El demonio que te aguante—me dijo mi mujer—, tú con tus nervios, sin fumar ni beber; ¡pobre de mí!

Pobre de ella, es verdad.

Acabé de comer. Yo siempre me quedaba un buen rato de sobremesa, fumando un puro, aquel día, malhumorado, me levanté con el postre en la boca, pues no comprendía qué es lo que podía hacer un hombre que no fuma después de comer; cogí tres ó cuatro puros que guardaba en un cajón de mi armario, y pasé á ver á un amigo, suplicándole que se los fumara á mi salud. Allí estuve yo absorbiendo el humo; pero aunque me calmaba un poco mi mal humor, me hacía el efecto que debe hacer á un enamorado el besar el retrato de su amada.

Por las noches, estaba nerviosísimo, tenía horribles pesadillas, y mi pobre mujer se pasaba las noches en vela ó aguantando patadas mías.



Arrellanados en cómodas butacas fumando excelentes cigarrillos.

—Mi genio se volvía intolerable. Soñaba con pipas, cigarrillos y cigarrillos; soñaba que estaba en el Casino; yo sentado en una incómoda silla de cocina con las manos entre las piernas, rodeado de varios ami-

gos, arrellanados en cómodas butacas fumando exquisitos cigarrillos.

Mi pobre mujer me decía:

—Fuma, Antolínez, fuma, por Dios.—Y yo nada, cada vez con peor genio, cada vez durmiendo peor.

Como mi costilla tenía que soportar de día mal humor, y de noche mis zapatetas y golpes, se empezó á quedar en los huesos, y yo era un esqueleto; créame usted, por poco me vuelvo loco.

—¿Pero venció usted por fin?—le pregunté.

LA VICTORIA

Yo saqué la petaca, y cogiendo un caruncho lo encendí.

—Deme usted un puro—me dijo Antolínez, dejándome asombrado.

Al ver mi estupefacción, me dijo:

—Sí, señor, me convencí de que era una majadería, y al poco tiempo empecé á fumar á escondidas, pero desde hoy pienso fumar aun-

que sea en la iglesia.

—Yo—siguió diciendo

—no quiero estar dominado por ninguna costumbre, y si dejé de fumar, porque no me dominara el uso de tabaco, tampoco quiero que me domine la costumbre de no fumar.

—Eso es de razón.

—Además, fumando no soy calamidad, y he vuelto á tener en casa la tranquilidad y la paz de antaño. No hay derecho á mortificar á una pobre mujer, por un capricho.

Fumemos.

Ya ve usted, yo me hice el siguiente razonamiento.

No fumando estoy más nervioso que cuando fumaba; no podía ir á los sitios donde se fuma porque me daban envidia los fumadores y sufrí mucho, mi mujer se iba quedando en los huesos, no vivía con mi mal humor ni dormía á causa de mis pesadillas, ataques y pataletas, además iba haciendo el ridículo

por la calle con un cigarro de maldad lleno de brea que, además de dejarme un gusto infernal en la boca me daba un horrible dolor de mandíbulas de morder con tanta rabia la boquilla del puro de brea.



Tenía horribles pesadillas; ni mi mujer ni yo conciliábamos el sueño.

En busca de marido



La viudita seguía hiriendo corazones,
Indiferente á todo, dejándose querer,
Sin dar alas á nadie, ni á nadie responder.

Pero llegó un buen día, que un canto delicioso,
Que en Scala cantó el Signore Pomposo,
Hizo que su alma entera palpitase de amor
Por el angelical y sublime tenor.

Y soñó aquella noche, que una voz primorosa,
Modulaba para ella serenata amorosa:
Es él, es él que canta al pie de mi balcón.
Es él, que con su voz me roba el corazón.
No era sueño, era cierto: aquella melodía,
Despertó y, en efecto, la voz clara se oía,



A la alegre ciudad de Milán fué un día,
La viuda deseosa de ver si conseguía
Entre música y fiestas, acallar la pasión,
Que tanto atribulaba su amante corazón.
Por paseos y calles, por cafés y reuniones,

Aquella serenata de amante trovador.
Era de su Pomposo, el divino tenor.

A la siguiente noche esperó emocionada
La linda serenata; y allá de madrugada
Al despuntar el día, á su primer claror,
Escuchó alborozada el cántico de amor.

Sin poder contenerse, se asoma á la ventana,
Buscando al cantador de tan amante diana;
Y queda anonadada al ver que el cantor tal,
Un carretero era, un zafio, un animal.

—¿Es á mí á quien cantáis?—pregunta con candor.
—No, señora, á mis bestias, pa que tiren mejor.
—Pues, señor, me he lucido, que burla más pesada.
Me había enamorado de un fantasma, de nada.

FERS

COSAS RARAS Y NUEVAS

La compañía anglo americana del petróleo tiene para el transporte de esta mercancía un gran buque de seis mil toneladas. Como está destinado á transportar materia tan inflamable no tiene máquinas, pero en cambio lleva siete mástiles en los que despliegan pequeñas velas único medio de que dispone para navegar.

BUQUE DE SIETE PALOS

Los mástiles son de acero y están huecos. Se comunican con el cargamento de petróleo que va en grandes tanques en la cola y por medio de bombas se extrae y se hace de esa manera la descarga. Este buque nunca navega solo, siempre va remolcado por un potente remolcador, pues como más que buque es un depósito y sus mástiles son tubos de bomba, más



que otra cosa, necesita de una ayuda que le haga cruzar los mares.

El actor francés Le Bargy, que tiene fama de ser el hombre más elegante de París, asegura que le es imposible vestirse decentemente con menos de treinta y dos mil pesetas al año.

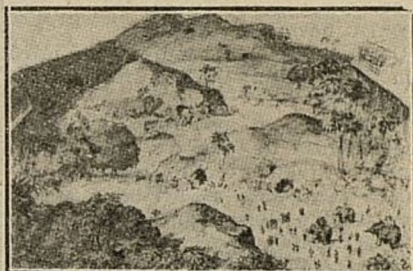
Ya no hace falta ir al Africa para cazar leones; este peligroso deporte puede hacerse sin salir de Europa.

CAZA DE LEONES

Un grupo de ricos ingleses ha formado una sociedad para cazar al rey de los animales sin necesidad de hacer largos viajes.

Los socios pagan por cacería unas tres mil pesetas, y pueden invitar cada uno á cinco amigos, y no para asistir á la cacería, sino para pre-

senciarla desde unas jaulas hechas ad hoc, pero los invitados tienen que pagar cinco guineas por cabeza, es decir, unas ciento cuarenta pesetas por barba. Los leones no pue-



den ser matados sino en caso de gran peligro.

Nuestro grabado representa el terreno preparado para la cacería con las jaulas para los espectadores.

Es la ballena, indudablemente, el animal que más vive. Según Cuvier, puede vivir hasta mil años; el elefante, en buenas condiciones, alcanza los cuatro siglos. Los leones suelen vivir hasta setenta años; los osos rara vez pasan de los veinte, y otro tanto viven los lobos; los zorros de catorce á dieciséis; los gatos quince; las ardillas de siete á ocho, y los conejos siete.

Los siete individuos que reproduce nuestro grabado son los carpinteros

CARPINTEROS MUSICOS

que han construido el carro fúnebre que ha transportado los restos del emperador del Japón. No todos los carpinteros tienen la habilidad de estos siete carpinteros parientes, pues las ruedas del carro fúnebre tienen que producir al rodar siete sonidos diferentes llamados los "crujidos del duelo" y es necesario una maestría especial cuyo secreto posee esta familia de carpinteros, para conseguir esa perfección.

El crujido de las ruedas es melan-



cólico y triste en extremo y es parecido al que producen los carros de nuestros campesinos montañeses; pero son siete sonidos especiales que deben de dar el sonido de reglamento. La fa-

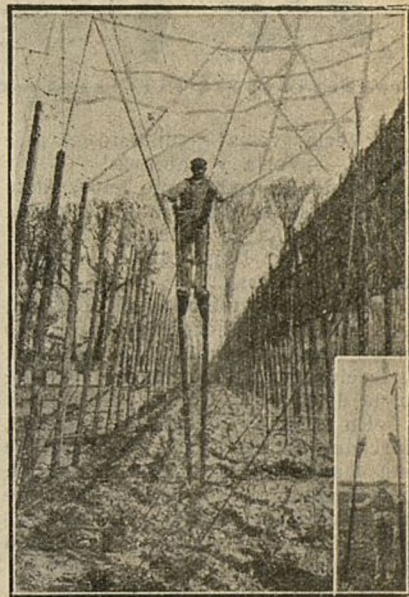
milia de los carpinteros de Kioto posee desde tiempo inmemorial el secreto que se conserva de padres á hijos.

No solo son los niños los que usan zancos, los jóvenes los utilizan para divertirse, pero en muchos sitios son los hombres los que los llevan y no por juego sino para que su trabajo cunda más.

LOS ZANCUDOS

En Francia, en el departamento de las hondas se ven multitud de pastores andando en zancos ó apoyados en los árboles mientras hacen calceta y recorren los vastos pinares encaramados en largos zancos.

Algo por el estilo sucede en Inglaterra: los encargados del cultivo del



lúpulo, que como se sabe es uno de los principales componentes de la cerveza, van también provistos de zancos y es cosa probada que un hombre así ataviado hace en un día el trabajo de seis hombres á pie.

El dibujito al pie indica cómo se colocan los zancos. Unas correas los sujetan á las rodillas y otra más grande á la cintura. Estos zancos suelen tener de tres y medio á cinco metros de altura según el desarrollo del lúpulo en los campos donde se cultiva.

Los más cultos escritores no han pasado de 15.000 palabras diferentes empleadas en escribir sus obras. Las obras de Milton contienen 3.500 palabras diferentes; el Antiguo Testamento menos de 6.000.

Las personas bien educadas tienen un vocabulario que no pasa de 4.000, y la generalidad de las personas se expresan con 300 ó 400 voces.



LA BELLA MERCEDES

Novela adaptada del inglés, expresamente para "LOS SUCESOS"

debía cortar por lo sano, dar media vuelta y dejarle con la palabra en la boca.

Quiso hacerlo y no pudo.

Carmelo lo comprendió, y la miró con fijeza, fascinándola. Mercedes se detuvo.

Haciendo un soberano esfuerzo, acordándose de que era una dama, irguió altivamente la cabeza, y mirando al gaucho de arriba á abajo, con fingido desprecio, le preguntó:

—¿Quién es usted?

El se sonrió afablemente, y como si no hubiese notado su gesto de orgullo, con esa galantería especial que los sudamericanos han heredado de los españoles, contestó:

—Señorita, este humilde servicio de usted, que á sus pies se pone, es Carmelo Ramírez, el hombre que más la admira, que más la venera, que más la respeta y adora en el mundo.

Dió un paso hacia adelante, y Mercedes reculó otro, guardando la distancia.

Carmelo continuó:

—He tenido el placer de saber su nombre; he oído que la llaman á usted la Bella Mercedes, y desde que lo sé, ese nombre resuena constantemente dentro de mi corazón.

¡Mercedes!, suena dentro de mí como armoniosa música. ¡Mercedes! es el dulce canto que resuena constantemente en mi interior. Mi alma está inundada de ese nombre. ¡Mercedes!

La muchacha se sintió anonadada, bajó la vista por un momento, pero hizo otro nuevo esfuerzo, volvió á mirarle con fijeza, y le dijo:

—¿Y cómo se atreve usted á hablarme de esa manera? ¿Con qué derecho ha entrado aquí y me dirige esa declaración?

—¿Que cómo me atrevo?, me pregunta usted. Yo me atrevo á todo, y por usted lo daría todo, mi vida y mi eterna salvación. Por verla, por hablarla, lo doy todo, todo...

Mercedes no podía más, las conveniencias sociales, su conciencia le decían á gritos que aquella entrevista no podía, no debía continuar un momento más.

Pero en cambio, el ambiente de libertad, de indisciplina que la rodeaba, le retenía allí y le impedía retirarse.

Aquellos dos mundos, el elegante, el civilizado y el del desierto, el mundo gaucho sólo estaban en ella separados por una generación.

Su padre había sido un hombre como el que tenía delante, como los que la rodeaban en aquel momento, como todos los agrupados en San Ramón

Ella había accedido, se había educado, había vivido en el mundo elegante, mimada por toda la sociedad selecta de América y de Europa.

Cada mundo le tiraba con fuerza, la llamaba, le recordaba sus deberes ó sus inclinaciones.

Por eso dudaba.

Por eso luchaba.

Pero en aquel momento, la voz de las pampas, la voz del desierto era fuerte y potente.

El mundo civilizado, las conveniencias sociales, tenían en aquel momento poca fuerza en su ánimo.

Tenía ante sus ojos á la encarnación del desierto, Carmelo era el desierto en persona, elemental, primitivo, fuerte, franco con la fuerza del desierto en su voluntad, con el misterio y el hechizo de la pampa, en su mirada.

Cuando por fin se decidió á hablar al gaucho, el temblor de su voz traicionó la altivez de su gesto.

Haciendo un esfuerzo preguntó:

—¿Y qué es lo que usted quiere?

—Quiero solamente decirle—replicó Carmelo—que lo he comprendido.

—Comprendido ¿qué? — volvió á preguntar temblorosa.

—Todo lo que usted me ha dicho esta mañana.

—¿Lo que yo le he dicho esta mañana?

—Sí, esta mañana.

—Usted sueña, buen hombre.

—No sueño, señorita, se lo que dijo.

Mercedes hizo un gesto que quiso hacer despreciativo y como guardara silencio el joven, exclamó:

—Parece que quiere usted indicar que no me ha visto nunca.

La miró con fijeza y bajo su mirada, Mercedes palideció, luego toda la sangre acudió á sus mejillas y creyó perder la cabeza. Quiso contestar y no pudo; la mentira que había pensado no la pudo articular.

—Sí,—insistió Carmelo—nos conocemos.

Con voz temblorosa, apenas perceptible, la hija de D. Emilio replicó:

—Repito que se equivoca; repito que eso es un sueño.

¿De dónde, de cuándo le he de conocer á usted?

No se atrevió á sostener la penetrante mirada del gaucho, sus párpados se cerraron y bajó la cabeza.

El, dueño de la situación sin perturbarse, siguió diciendo:

—¿Qué importa que no hayamos sido presentados? ¿Qué importa que no nos hayamos visto hasta hoy? Nuestro destino ha hablado y eso es lo bastante. Al principio esto que me ha pasado ha sido para mí un misterio; misterio que me ha hecho sufrir. He sentido pena, rabia porque entre estas

—¡Verla, verla!—contestó el muchacho.—¡Verla y hablarla!

Mercedes no sabía qué hacer, hizo un movimiento para irse, pero una fuerza extraña la contuvo.

—Pero, por Dios, ¿qué es esto?—volvió á exclamar.

Entonces Carmelo, con lentitud, con calma, deliberadamente, como quien tiene aprendida de memoria su lección, y en tono suave y cariñoso, la dijo:

—En usted, y solamente en usted, Mercedes de mi alma, pienso desde esta mañana; ni un minuto, ni un solo segundo se me separa usted de mi imaginación, ni un solo instante deja mi corazón de latir por usted desde hace horas.

—¡Pero!...—interrumpió ella por decir algo.

—Pero, ¿qué?—siguió el gaucho, animándose—que soy un zafio, un hombre del desierto, un gaucho. ¿Qué importa? Mi corazón no es nada de eso, mi corazón es suyo y sólo suyo. Para mí ya no hay sol, no hay estrellas, no hay cielo; yo no veo, no veo más que esos ojos, que me abrasan.

Aquellas palabras se metían muy hondo en el alma de Mercedes.

Algo que ella no podía explicarse, un encanto, un hechizo la detenía allí clavada, obligándola á escuchar aquellas palabras que la abrasaban. Sentía que desde el momento que sus ojos se habían encontrado con los del joven gaucho, había perdido parte de su voluntad: que no era la misma Mercedes de otro tiempo.

Su educación, sin embargo, el ambiente social en que había vivido, le decían en su interior que hacía mal en prolongar aquella situación, que

calles, entre tanta gente no podía pensar á mis anchas y no encontraba explicación á lo que sentía. Pero después me he alejado de aquí, he buscado la soledad, me he acercado al desierto, á mi elemento, al que pertenezco y allí he pensado y he sentido. Allí, allí—y apuntaba á las afueras—, hacia la falda de las montañas.

Mercedes continuaba silenciosa y cabizbaja.

—Allí, sí, allí, lo he comprendido, lo veo claro, sé lo que es. Yo lo sé ahora y usted lo sabrá pronto, Mercedes.

—¿El qué?—preguntó la joven mirándole.

—Lo que yo sé; que aquél es nuestro camino, el nuestro, ¿eh? El destino así lo ha decidido; el destino nos indica el camino que debemos recorrer y tenemos que seguirlo.

Era una manera de esteorizar el fatalismo que corre por la sangre de las razas hispanas.

Esperaba Mercedes sin duda una contestación más definida, más concreta, pues exclamó:

—¿Qué enigmas son esos?

No supo ó no quiso contestar y siguió hablando sin ocuparse de la pregunta, saltando á otro asunto.

—Esta tarde ha salido usted de paseo en un precioso caballo, que, según dicen, lo tiene usted destinado como premio para el que salga vencedor mañana en la sortija. ¿Es verdad?

—Verdad es.

—Entonces correré yo también y yo ganaré.

—Mucha confianza tiene usted en sí mismo—dijo la bella Mercedes dibujando una encantadora sonrisa.

—Sí que la tengo y mucha. Querer es poder y además le daré á su amigo el coronel una lección de equitación.

Comprendió la alusión y la agradó en extremo, pero supo disimularlo.

—¿Niña, Mercedes! ¿Dónde estás?—dijo una voz desde el otro extremo del jardín.

—Me buscan, me voy—exclamó la señorita de Ortega.

—Entonces—dijo Carmelo—. Hasta mañana.

No contestó con palabras, pero apenas había andado unos cuantos pasos, se detuvo y ocultándose entre las parras para que no la viesen los que en su busca venían se volvió hacia el sitio en donde Carmelo había quedado, y al tiempo que le enviaba un adiós coriñoso con la mano la sonrisa de su boca y la larga y apasionada mirada de sus ojos, contestaba á la despedida del joven gaucho.

Ya había anochecido cuando se dirigió al campamento. Preparando la cena bajo los árboles, su madre le aguardaba y á la par que atendía al guisote tarareaba una *milonga*.

—¡Hola!—exclamó alegre y gozosa cuando vió á su hijo acercarse—. ¿Qué, te has divertido mucho, hijo mío? ¿De parranda, eh?

—Sí, madre, lo he pasado bastante bien, y usted parece que tampoco lo ha pasado del todo mal, pues la encuentro alegre como unas castañuelas.

—Estoy de buen humor, sí. ¿Y por qué no he de estarlo. Aunque yo no he estado recorriendo las calles de la ciudad, porque las circunstancias, circunstancias que yo me sé, me obligan á no presentarme en público, no por eso he dejado de ver gente, pues no me han faltado visitas, no te creas, y no así como así, sino visitas que me han traído muy buenas noticias.

—¿Sí, eh?

—Sí, hijo, sí, á ver si no tengo motivos para estar contenta.

—¿Y yo no lo puedo saber antes, madre?

—Sí; escucha, que te lo voy á decir ahora mismo.

—Soy todo oídos—dijo al tiempo que se sentaba cerca de la hoguera donde se preparaba la cena. Mirando fijamente á su madre aguardó.

La madre empezó á hablar y á medida que hablaba su voz se enronquecía.

—Pronto está dicho. Sin duda habrás oído decir que D. Emilio se ocupa de política. El gobierno de por allá por esas ciudades ha elegido gobernadores y como á él no le quieren le han dejado á un lado sin gobierno; por eso hace la revolución. El cree que á fuerza de banquetes, fiestas y agasajos decidirá á toda esta gente á unirse á su causa y seguirle camino del Norte y destrozar á sus enemigos; ¿me entiendes?

—Perfectamente.

—Pues bien; el Sr. Ortega se equivoca de medio á medio. D. Emilio no volverá jamás al Norte.

—¿Y eso por qué, madre?

—Porque mañana por la noche quieras que no tendrá que tomar el caminito del Sur, de donde no volverá nunca, ¿lo vas entendiendo?

—Esto último es precisamente lo que no entiendo.

—¿Conoces tú una sima que hay al pie del Pico Negro?

—Sí.

—Pues ese será el final del último viaje que haga en su vida.

—Por todos los santos del cielo, madre, ¿qué quiere usted decir con todo esto?

—Esto quiere decir que entre Ortega y yo hay una cuenta pendiente que había de arreglar y ya ha llegado la hora de que la pague.

Todos los músculos del gaucho se pusieron en tensión. Se inclinó hacia delante y casi tocando con su cara la de su madre, mirándola muy fijamente preguntó:

—¿Qué te ha hecho ese hombre?

—Mató á tu padre—fué la laconica respuesta.

La frase, aunque dicha más que en voz baja casi cuchicheando, hizo en Carmelo el efecto de una bomba que cayera á sus pies. De un salto, con la agilidad de un gato se puso de pie.

Quedó atónito durante unos segundos, su rostro se había cubierto de una intensa palidez verdosa y sus ojos brillaban como dos ascuas de fuego.

Apretando los dientes soltó una horrible blasfemia y preguntó:

—¿Pero eso es verdad?

—Tan cierto como hay un Dios en los cielos—exclamó, y cogiéndole las manos con las suyas crispadas, sin decir una palabra le hizo que se sentase de nuevo.



—¿Y quién ha venido?—preguntó el joven.

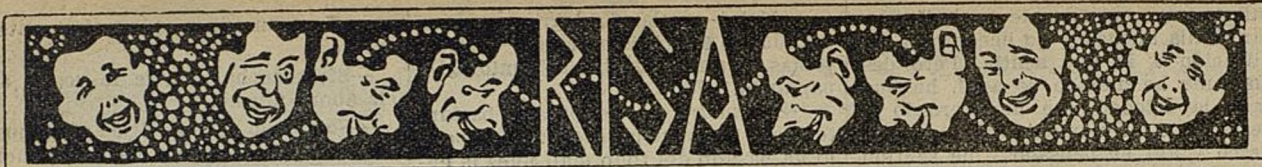
—Pues todos aquellos á quienes yo he llamado. Carreras ha sido el último que ha llegado y me trae noticias de Atuel y de los ranchos de Tuero. Esas noticias eran precisamente las que yo necesitaba saber y ahora que las sé ya puedo formar mi plan.

—¿Pero el plan sobre qué?—preguntó su hijo, que parecía no estar muy bien enterado de lo que ocurría.

—Sobre los asuntos de San Ramón.

—Pues lo entiendo menos aún, madre.

Ya lo entenderás, paciencia. Todos los amigos están llegando y dentro de poco estarán aquí. Entonces, cuando todos estemos reunidos tendremos una conferencia y les explicaré el por qué de mi llamado.



El fondista haciendo la cuenta de un huésped.—La primera vez me dió la suma 14 pesetas, y ahora me da 17; tú que sumas mejor, examínala.
—No, hombre; déjala así, no sea que me vaya á dar catorce.

COLMOS MADRILEÑOS

- ¿El colmo de un embustero?
- Vivir en la calle de la Verdad.
- ¿El colmo de un friolero?—Abri-
garse con la "capa atmosférica".
- ¿El colmo de un sastre?—Poner
botones á las "mangas... de riego".
- ¿El colmo de la precaución?—No ir
á Córdoba por no pasar por... "Cabra".
- ¿El colmo de un viajero?—Viajar
en un "vagón... de cerillas".
- ¿El colmo de un escribiente fla-
menco?—Ponerse á bailar para que
el papel "se... cante".
- ¿El colmo de un tabernero?—Colo-
car las "cortinas... del vino" á la
puerta.
- ¿El colmo del campeonato de lu-
chas greco-romanas?—Vencer "Ocho...
á de Riaz".

Regino ESTEBAN SÁIZ
"El Buñolero".

EN EL TEATRO

- No hay ni veinte personas.
- Mejor sería devolverles el di-
nero.
- ¿No es posible?
- ¿Por qué?
- Porque todas han entrado con
billete de favor.

Manuel ALBENTOSA.

Procedimiento ingenioso.

- ¿Tiene usted suelto, Sr. José Ma-
ría?
- Tan suelto, que estoy tomando
horchata de arroz.
- Le digo ¿que si tiene usted cuar-
tos?
- El último le alquilé ayer á mi
yerno.
- No quiero decir eso. Le p̄gunto
que si tiene usted dinero.
- ¡Hombre! Aquí casualmente, no.
- ¿Y en casa?
- Buenos todos, gracias á Dios.

Andaluzada.

- Tengo yo un amigo—decía un
andaluz—que andubo todo Zeviya en
un minuto.
- Po ezo no he na—replica otro—
tengo yo un hermanito que ce lió á
dar vueltaz á un árbol y ce tropezó
con la narí en laz erpaldas.

Los baturros de antaño...

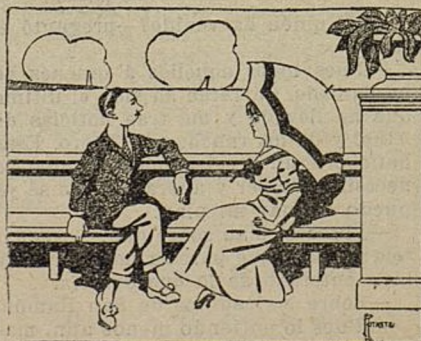
- El interventor en un tren, á un ba-
turro.—Pero, hombre, se ha pasado
de estación. ¿No lo ha notado?
- El baturro.—Sí, señor, ustés tien la
culpa.
- El interventor.—¿Cómo que nos-
otros?

El baturro.—Sí, señor; yo soy un
viajero, ¿verdad? Güeno, pus apenas
m'apeo en mi pueblo oigo icir á uno
con gorra "¡Sñores viajeros al tren!"
En tos los pueblos ha pasao lo mesmo
y pur eso hi seguío, no fuá que m'e-
charan una murta.

Sucedido.

- Un cateto cruza de una acera á
otra donde para á un caballero y le
pregunta:
- ¿Hace usted el favor de decirme
si es esta la acera de enfrente?
- Esta, no señor. Es esa otra.
- ¡Pero si vengo de aquélla y me
han dicho que era ésta!

Heriberto Vega Polo.



—¿No cree usted, Pepita, que las
mujeres de hoy día, en el afán de
imitar á los hombres, resultan idio-
tas?

—¿Y no le parece á usted, Luisi-
to, que la imitación es perfecta?



- ¿Y tus coqueteos con Arturito?
- Eso ya se acabó.
- ¿Habéis reñido?
- No; nos hemos casado.

CHISTES MADRILEÑOS

- ¿Por qué se parece una "ker-
messe" á un café cantante?
- Porque se baila y se toca.
- ¿Cuál es la fuente de Madrid
más pequeña?
- La "Fuentecilla".
- ¿Por qué se parece La Goya á la
Torre de Santa Cruz?
- Porque "ex... alta".

—¿Cuál es la calle de Madrid que lle-
va este nombre "Z, 000000"?—La ca-
lle de "Céda... ceros".

—¿En qué se parece un cura, á un
palo de una baraja?—Pues en que
tiene sota... na.

—¿Cuál es el toro que da menos cor-
nadas?—El "toro... zón".

Regino Esteban Sáiz.

SOLUCIONES

á los
pasatiempos del número anterior.

Al Epéntesis:
Tras-CIEN-DENTAL. — Tras-CE-
DENTAL.—TRASCENDENTAL.

SOLUCIONISTAS

Don José Cortés Villalva, Madrid;
D. Manuel Teres, Barcelona; D. An-
tonio Palacios Guinea, Madrid; don
Benito Vallés Torres, Barcelona; do-
ña Mercedes Gil Sáenz, Málaga; don
José Ignacio Arteaga, Bilbao; don
Cándido Doval Suárez, Sevilla.